

Revista de Cancioneros Impresos y Manuscritos

número 2 - año 2013

ISSN: 2254-7444

ARTÍCULOS

«Atiérrame el porvenir»: la Confesión de Juan Fernández de Heredia

Maria D'Agostino

1-30

***Esta cantiga fez Pero Velho de Taveiroos e Paai Soarez, seu irmãao...
A manciña indicadora no Cancioneiro da Biblioteca Nacional (código
10991)***

Déborah González Martínez

31-60

**El fin del trovadorismo gallegoportugués en el marco de la lírica
románica. Un análisis comparado y algunas cuestiones de histo-
riografía literaria**

Santiago Gutiérrez García

61-87

Estudio de variantes y adiciones del *Laberinto de Fortuna*

Manuel Moreno

88-136

Las rimas de Giannantonio de Petrucciis, conde de Policastro

Francisco José Rodríguez Mesa

137-178

RESEÑAS

***Romancero*, ed. Giuseppe Di Stefano**

Alejandro Higashi

179-185

***Poesías inéditas de Pedro de Padilla y versos de otros ingenios del
s. XVI (Ms. B90-V1-08 de la Biblioteca Bartolomé March)*, ed. José J.
Labrador Herraiz y Ralph A. DiFranco**

Alejandro Higashi

186-194

***Romancero*, edición, introducción y notas de Giuseppe Di Stefano, Madrid, Castalia, 2010, 478 p. («Clásicos Castalia», 299).**

Durante las décadas de 1975-1995, gracias a la incorporación de distintas antologías de romances en colecciones de ediciones críticas preparadas para un público universitario, se definió un nuevo panorama de la edición del romancero. Contra la costumbre de un registro de fuentes apenas suficiente y una anotación escueta de los textos impuesta por ilustres modelos como el *Romancero general* de 1854 de Agustín Durán, la *Primavera y flor* de Wolf y Hofmann de 1856 o la *Antología de poetas líricos castellanos* de Menéndez Pelayo, terminada en 1908, o incluso la falta de las notas más elementales en ediciones de divulgación tan influyentes como *Flor nueva de romances viejos* (1928) de Menéndez Pidal o los romanceros de Luis Santullano (1946) y José Bergua (1956), se sucedieron ediciones de textos acompañados por un registro riguroso de sus fuentes y una anotación exhaustiva para un público académico que podía percibir la complejidad del romancero, más allá de un pretendido origen popular. Esta perspectiva, ciertamente enriquecedora, se presentó en los romanceros editados por Amelia García-Valdecasas Jiménez o Mercedes Díaz Roig (ambos en 1976), tomó fuerza con el de Michelle Débax en 1982 o con el de Pedro M. Piñero en 1989 y se consolidó, sin duda, en dos ejercicios de virtuosismo académico posteriores: la antología del romancero de Giuseppe Di Stefano (Madrid, Taurus, 1993) y la de Paloma Díaz-Mas (Barcelona, Crítica, 1994). Aunque es cierto que la edición de Giuseppe Di Stefano coincidía en lo fundamental con este movimiento en el que se destacaba el estudio de las fuentes impresas, no llegaba hasta aquí atraído por los criterios editoriales de una colección como había sucedido en otros casos, sino que se trataba de una camino seguido de forma natural a través de sus propios estudios sobre la transmisión impresa en los pliegos sueltos y de los romanceros como un género editorial, así como de la experiencia personal adquirida al aplicar y adaptar los principios de la ecdótica al corpus romanceril y comprobar que las variantes de la

tradición resultaban más cercanas a los patrones de variación que podían advertirse en los impresos de la época que a los de la transmisión oral. Lo que en 1993 era una hipótesis probable, según podía comprobarse en las calas ecdóticas realizadas por Di Stefano, es una certeza en esta nueva compilación de 2010 donde, según señala su editor, “abundan las microvariantes en manuscritos e impresos, que poco tienen que ver con la recreación propia de la poesía oral” (9). Con los años y contribuciones señeras al estudio de la transmisión de los romances (muchas del mismo Di Stefano), esta perspectiva editorial y académica terminó por abrirse camino hasta consolidarse como una línea de investigación abonada por indagaciones de largo aliento como *Scripta manent, Hacia una edición crítica del romancero impreso* de Mario Garvin (Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, 2007), donde el autor demuestra con evidencia documental el temprano divorcio entre una tradición oral y otra impresa. Di Stefano, con más énfasis que nadie, subrayaba en 1993 que el romancero, pese a su origen popular, se había transmitido por medio de fuentes crecidas al amparo de una cultura cortesana y de las técnicas del impreso antiguo como intermediarios entre un horizonte de producción, uno de conservación impresa y otro de lectura. Su edición dejaba claro que los textos del romancero podían tener un tratamiento análogo al que se daba a cualquier otra producción literaria del periodo, ya fuera en el plano ecdótico o en el anecdótico. Las amplias, eruditas y bien documentadas notas que acompañaron los textos en cada caso enfatizaban el tratamiento académico que requería el material, como hubiera sucedido con una *Celestina* o un *Quijote* anotados.

En esta nueva edición, Giuseppe Di Stefano no pretende apartarse de la senda transitada en 1993, pero confirma los puntos de vista expresados entonces (además de compartirlos con nuevas generaciones de lectores, pues la edición publicada en Taurus lamentablemente no volvió a reimprimirse y muy pronto se convirtió en un libro de consulta en biblioteca). Igual que en 1993, vuelve a ser central la “Noticia bibliográfica” de las fuentes con indicaciones precisas, la transcripción directa con criterios conservadores, la interpunción ligera, la presencia de dobles versiones

cuando hay razón para ello, la anotación abundante (pero pertinente) y erudita, etc. Otros aspectos que en 1993 resultaban una novedad y se sostenían en una hipótesis a contracorriente de la opinión general, ahora son verdades comprobadas desde distintas perspectivas por la investigación especializada. Giuseppe Di Stefano proponía en 1993 (y lo mantiene ahora en 2010) un orden de presentación que no era común ni en las antologías ni en la reflexión general sobre el romancero, en el que se anteponían los romances novelescos a los históricos y los históricos a los épicos, cuando antologías académicas y de divulgación iniciaban con los romances épicos o históricos, prejuicio que prevalece hasta trabajos tan meritorios como la edición de Pedro M. Piñero (1989) o la de Paloma Díaz-Mas (1994). Según apuntaba Giuseppe Di Stefano en su edición de 1993, la teoría de un origen épico para el romancero parecía “fascinadora por prestigio y resonancias” (41), pero no estaba respaldada por evidencia documental. La revisión de los testimonios conservados demostraba que nunca fue más exitoso el romancero épico que el novelesco, por lo menos hasta la segunda mitad del siglo XVI cuando Sepúlveda, Pedro de Padilla, Lucas Rodríguez y otros autores convierten el romance erudito, de tema épico, pero estética historiográfica, en una fórmula editorial extendida. La investigación posterior confirmaría este punto de vista. En 2002, por ejemplo, Gloria Chicote señalaba que “constituyen lugares comunes de la crítica afirmaciones tales como que los romances derivan de los cantares de gesta, y que los romances épicos, a pesar de no haber sido documentados masivamente en la colecciones quinientistas, fueron los primeros en cantarse y difundirse” (“La caza del ciervo de pie blanco. Resemantización del motivo en el Romance de Lanzarote”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 50, 2002, 43). La organización temática de su antología de 1993 destacaba la prioridad del romancero novelesco al concederle el primer bloque de la selección. Consecuente con la perspectiva documental adoptada en 1993, Di Stefano dividió su antología en dos bloques, “Textos en fuentes anteriores a 1605” y “Textos en fuentes posteriores a 1605”, contra la costumbre muy afianzada de mezclar textos procedentes de fuentes impresas y antiguas y orales sin distinción

(o con escuetas notas finales). Esta división (sólo aparente, porque cada texto de la tradición oral moderna tenía su contraparte en el romancero viejo y el vínculo podría rastrearse en las notas) permitía al lector seguir el desarrollo del género a través de sus distintos formatos y apreciar de un golpe dos momentos distintos de la conservación romanceril. Este panorama “ampliado” del romancero permitía en 1993 (y permite también ahora, con un número mayor de romances) percibir la identidad y transformación de los textos a través del tiempo y de las distintas matrices de conservación y, como subrayó Aurelio González en su momento, con este corte “queda implícito el concepto de pervivencia del Romancero viejo en el período en que entra en auge un tipo de romance mucho más artístico, idea valiosa que permite entender el Romancero como un conjunto” (reseña en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 42, 2, 1994, 208-209).

Pero, si en su intención y esencia Giuseppe Di Stefano supo mantener los aciertos y las aportaciones originales de la edición de 1993, a más de quince años de trabajo hay muchas cosas que han cambiado entre la edición de Taurus y la reseñada ahora. En primer lugar, la novedad más obvia consiste en la inserción de una veintena de romances, con lo que el número total de 161 romances pasó a 181. Mientras que la estructura de algunas secciones se mantuvo sin cambios (por ejemplo, la sección correspondiente a los romances épicos, organizada por ciclos), se advierten textos nuevos en las secciones de romances novelescos (núms. 56, 57, 58, 59 y 62), históricos (núms. 68, 69, 81, 84, 90, 91 y 99) o misceláneos publicados luego de 1605 (núms. 163, 168, 169, 170, 179 y 180), así como una corta pero significativa sección nueva dedicada al romancero religioso (núm. 158). En todos los casos, los agregados apuntan hacia otras facetas del romancero a partir de la investigación reciente y satisfacen la vocación didáctica de toda antología; no se trata sólo de agregar más textos, sino de ofrecer vetas críticas para desarrollos futuros que no habían sido descubiertas en 1993. Así, en la serie de agregados se ofrece ahora un ramillete de romances novelescos de autores tempranos (Juan del Encina, Pedro de Acuña, Cumillas o Bartolomé Torres Naharro)

en los que puede seguirse la reelaboración culta (y contrahechuras) de algunos temas; en los romances históricos, se encuentra ahora una pequeña muestra de romances de tema bíblico (núms. 68 y 69), romances noticiosos rescatados recientemente de protocolos notariales, notables por su antigüedad y acentuado realismo (núms. 81 y 84) o descubrimientos en fuentes antiguas de temas que sobreviven en la tradición oral moderna (“Nueva triste, nueva triste...”, núm. 91, contraparte antigua de “Voces corren, voces corren...”, núm. 166); de los romances recogidos en la tradición oral, la mayor parte de los agregados se han publicado en fuentes posteriores a 1997.

La presentación de los romances también ha sufrido algunos cambios. En esta ocasión, cada uno está precedido por una Nota preliminar en la que Di Stefano reseña los aspectos críticos más relevantes para la comprensión del texto; mientras en el caso de los novelescos importa más la intriga y los antecedentes literarios, en los romances históricos y en los épicos subraya los referentes historiográficos que sirvieron de plataforma para cada composición. Estas Notas preliminares incluyen a menudo información sobre su circulación antigua y moderna, así como algunas llamadas de atención de naturaleza ecdótica. En cada caso, se trata de sintéticas guías de lectura en las que se ofrecen pistas para comprender el sentido del texto y su relevancia dentro del contexto del romancero. Al final de cada romance, el lector encontrará una serie de notas de diversa índole, desde notas léxicas (con glosas eficientes que agilizan la lectura) hasta notas sobre temas o perspectivas críticas desarrolladas en la bibliografía especializada; desde variantes llamativas en la tradición impresa antigua hasta variantes de la tradición oral; referencias cruzadas entre romances para apuntar alusiones de uno a otro o remitir a versiones editadas en la misma colección; en fin, un sólido aparato de notas que introduce al neófito a la compleja red de relaciones del romancero, sin desatender al especialista.

Los textos se acompañan de una “Introducción” concentrada en los aspectos formales del género, accesible y disfrutable para el lector no especializado (quien tiene a su disposición abundantes ejemplos tomados de la misma selección), pero

con ideas originales y desarrollos temáticos frescos para el especialista. Las cuatro secciones en que está dividida trazan un mapa de las preocupaciones actuales de Di Stefano en el plano formal del romancero: “Clases y fortuna del romance”, “La forma romance”, “Núcleos temáticos dominantes” y “Sobre orígenes”. Con amenidad y precisión, Di Stefano presenta en “Clases y fortuna del romance” un panorama ajustado a las nuevas perspectivas de estudio, donde conviven sin solución de continuidad el romancero viejo, el trovadoresco, el erudito o el vulgar hasta nuestros días, en una reseña compacta que sirve como presentación del complejo panorama que espera al lector una vez traspuesto el umbral de esta introducción. En “La forma romance”, Di Stefano ofrece una sugestiva caracterización de los rasgos formales del género en interacción directa con la situación de canto o recitado a la que estaba sujeta, de manera que la métrica, la perspectiva narrativa o la construcción formular se presentan subordinadas a las condiciones de su transmisión y recreadas en ellas; con una ejemplificación procedente del mismo corpus editado, el lector se forma una imagen mental concreta de los aspectos a los que debe atender para mejorar su experiencia de lectura. En “Núcleos temáticos dominantes”, Giuseppe Di Stefano explora las peculiaridades temáticas del corpus y muestra cómo el romancero viejo, inmerso en el escenario idealizado de la épica y la historiografía, opta siempre por el lado más humano de la situación, perfil con el que fácilmente se identificaría su público; cuando se trata de protagonistas femeninos, la caracterización que se hace de ellos permite ver reunidos en idéntica proporción el vigor de la lírica de tipo popular y la elegancia de una estética cortesana; el humor está presente en distintos planos, desde ser el móvil principal para la composición (como pasa en un romance que brilla por su rebuscada erudición, “Mira Nero de Tarpeya...”) hasta su aparición incidental al cierre de un romance (rasgo de ingenio que obliga a una lectura burlesca de todo el romance hasta aquí aparentemente serio). Di Stefano cierra la “Introducción” con una deliciosa y en la misma medida aleccionadora discusión crítica sobre el origen del romancero, en la que el autor presenta, con ánimo crítico, los principales argumentos

esgrimidos por Menéndez Pidal para sostener su hipótesis de continuidad entre la épica medieval y el romancero, pero al mismo tiempo muestra sus debilidades. El cierre de la “Introducción” resulta, en muchos sentidos, consecuente con la atención a las fuentes impresas conservadas, por lo que no sorprende su caracterización de los orígenes épicos del romancero como “un terreno tan sugestivo como resbaladizo por la falta de material auténticamente documental” (55-56).

Esta nuevo asedio al romancero viejo de Giuseppe Di Stefano permite ver la maduración lenta y segura de muchas ideas críticas de amplio calado y su acomodo en el campo de los estudios literarios. Ideas e hipótesis nacidas en el terreno de las evidencias documentales que parecen llamadas a consolidarse como pilares de un canon académico cada vez más atraído por el análisis de las fuentes impresas. También, sin embargo, una entusiasta visita guiada a un género que, al menos en el terreno editorial, ha gozado de excelente salud desde su redescubrimiento por Durán en el siglo XIX y al que, por supuesto, no le han faltado lectores sensibles e inteligentes, desde el humilde informante de Asturias o Gredos hasta el García Lorca del *Romancero gitano*.

Alejandro Higashi
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa